

del hombre, como se puede convenir, cualquiera al estudiar las observaciones que hace Michelet en su famosa Historia de la Revolución francesa.

Así pues, la razón de la prolijidad, de la abundancia de los preceptos en nuestra Constitución, tratándose de los derechos humanos tiene su explicación en las trabas que antes se habían puesto al uso de ellos, en la arbitrariedad despótica, con que, aun en los tiempos de la República, se habían suprimido, en las preocupaciones absurdas que sobre ellos reinaban y de que no puede desprenderse nuestra sociedad todavía.

Y ha sido un bien, porque de este modo no se ha dejado lugar á los abusos que un espíritu restrictivo pudiera cometer con mengua de las libertades individuales que quiso proteger á toda costa el pueblo mexicano, al constituirse democráticamente.

Del principio absoluto de la libertad personal, emana pues, el de la libertad de enseñanza, y nótese que fue consignado antes que otros, y en uno de los primeros artículos de la Constitución.

Grande, muy grande significación dieron los constituyentes á este precepto para colocarlo, como uno de los preferentes en el nuevo Credo político, y á fé que tuvieron justicia. A diversas interpretaciones se ha prestado, muchas de ellas erróneas y de esto han tenido la culpa los legisladores que, debiendo expedir la ley orgánica correspondiente, no lo han hecho, dejando envuelto en dudas el sentido de un principio que es claro y sencillo, como lo demostraremos en nuestro artículo próximo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EL POR QUÉ DE LA ABOLICION DEL INTERNATO.

(CONCLUYE.)

Hú aquí, por desgracia, lo que producen los repugnantes vicios adquiridos en el internato; hé aquí con toda seguridad la causa casi exclusiva de esa abyección vergonzosa que está señalando con el dedo á la generación actual de México.

Por fortuna para la juventud de hoy, nos pertenece el sagrado derecho de indicar á esa generación los medios de corregir la nuestra. Les podemos impedir que nos precipiten al abismo y les obligamos á demostrar su arrepentimiento, señalándoles el camino.

En lugar de acumular un gran número de niños en un mismo edificio, eduquémoslos á todos en el seno de la familia. El joven vivirá con sus hermanas, sus primas, sus amigas, en la sencillez de la infancia y en la ignorancia absoluta de todo lo que se oye y se ve de peligroso en los colegios de internos. Un sentimiento instintivo hará, cuando no sea ignorante, que no se permita delante de sus hermanas, ó de sus amigas, las conversaciones corruptoras que nunca impide la más estricta vigilancia en los colegios mejor organizados.

En una edad más avanzada al adolescencia, cuya timidez ante la mujer es proverbial y se traiciona á cada instante en sus acciones, aprenderá sin esfuerzo á respetar á la niña, en quien el pudor es un sentimiento inconsciente, un verdadero instinto, pero de mucha energía.

Es imposible desconocer en esto las relaciones que existen entre el joven inexperto, ignorante de su naturaleza y vagamente perturbado por las tentaciones de su sexo, que sufre en su vida conócérlo las leyes de la reproducción, y el animal en-

que sus instintos no han sido violados por la domesticación. En este, la hembra, casi siempre más débil que el macho, ejerce sobre el un poderoso ascendente, que le permite siempre resistirlo; á menudo aun domarlo, hasta que, formada la familia, ella acepta por similitud al ser defendido y protegido por él.

Estos sentimientos conservadores de la especie, son exaltados por el racismo y la inteligencia, en el joven educado en el seno de la familia. Habiendo aumentado la intimidad y el respeto de la niña, que lo ha preservado de los vicios de la infancia, el amor puro y honrado que le inspirará más tarde, lo preservará también de la corrupción y de las pasiones lividuosas.

En la vida de la familia y al contacto de los jóvenes, es como la mujer de las naciones septentrionales adquiere esa noble y dulce allivez que la asegura el respeto de todos y que la hace gozar con toda seguridad de la más grande independencia y de la libertad más absoluta. Para hacer patente esta verdad; no puedo menos que consignar aquí un hermoso relato de M. Saint Claire Deville. (Del internato en la educación.)

"No tengo necesidad, dice el sabio académico del Instituto de Francia, de describir las costumbres liberales de las razas del Norte. He visto practicar esta independencia, concedida á los jóvenes en Alemania, en Inglaterra y aun en Ginebra, en esa sociedad aristocrática y sabia tan apreciada de la Europa entera. Voy á referir algunos rasgos que me han sorprendido en mis viajes:

"Hace mucho tiempo, encontrándome en Hannover en la restauración de la casa real, me sentados á una misma mesa á un joven y una niña de aire casto y honrado, con las manos enlazadas y absortos por una conversacion que manifiestamente los separaba del mundo entero. Esta intimidad, que nadie se permitiría públicamente en Francia, era respetada por los numerosos testigos que en aquella escena servían de espectadores no pasibles. Al llegar á Göttingen, mi huésped, la mujer de uno de los más grandes sabios de la Alemania y madre de una numerosa familia, me hizo saber que el espectáculo de que acabo de hablar me había sido presentado por dos prometidos que viajaban juntos antes de su casamiento. Y observando sobre mis labios una sonrisa demasiado francesa: ¡Ah! señor, me dijo, no hay ejemplo de que se hayan alguna vez engañado.

"Algunos días después, supe que dos señoritas jóvenes y adorables, hijas de un profesor ordinario de Göttingen, partían solas con sus prometidos, estudiantes y alumnos de su padre, para ir á casarse á Nueva York. Este padre, altamente colocado por su ciencia y su fortuna, encontraba, como todo el mundo, muy sencillo al que los jóvenes fueran á casarse á la ciudad que debían habitar y ante aquellos que en lo de adelante iban á ser sus padres y sus amigos de todos los días. ¿Qué diferencia entre semejantes costumbres y las nuestras?"

Y en efecto, ¡qué enorme diferencia! Mientras la libertad absoluta en la enseñanza, y por consiguiente la perfecta liberalidad en las costumbres, produce esos tipos grandes y dignos de imitarse en todo el mundo; mientras la educación se hace en esa atmósfera pura donde nada empaña al espejo de los buenos sentimientos de la juventud y facilita su desarrollo vigoroso y rápido, la enseñanza encadenada, la enseñanza de internos, la enseñanza tal como existe en todos los puntos de la República, nos pone en el triste caso de ver á nuestras mujeres siempre temblorosas, siempre temiendo el acceso de esa corrompida generación de donde tendrían que salir